

FUNCION PSICOLOGICA DE LA INFANCIA. — DESARROLLO DEL SER HUMANO DESDE EL NACIMIENTO HASTA LOS DOS AÑOS

Por *Mercedes Rodrigo*, Directora de la Sección de Psicotecnia de la Universidad Nacional.

Señor Decano, señor Profesor Esguerra, señores Estudiantes.

En esta segunda lección del estudio de la psicología de la conducta humana a través del transcurso de la vida, vamos a considerar con la brevedad que las limitaciones de tiempo impone, las diferentes etapas del desarrollo del niño desde el nacimiento hasta los dos años, procurando hacer resaltar la trascendencia que para la vida del adulto normal, encierra esta primera etapa del ser humano.

De la observación comparada entre la evolución ontogénica, o sea la evolución del individuo, y la filogenética, o sea la de la especie, han resultado numerosas analogías a las cuales se ha adjudicado diversa significación teórica, para cuya explicación han sido propuestas diversas hipótesis. Según *Stern*, citado por *Koffka*: "El individuo humano en los primeros meses de su vida, cuando es lactante, cuando preponderan en él los sentidos inferiores, la vida sorde de impulsos y reflejos, se halla en el estadio del mamífero; en la segunda mitad del año de su crecimiento, con la actividad del aprehender, y del omnímodo imitar, alcanza el estadio de los mamíferos superiores, los simios; en el segundo año, mediante la adquisición del paso erguido y del lenguaje, llega a la humanización propiamente tal. "Mas modernamente *Karl Buhler* ha hablado de una edad "chimpancé" en el niño.

De esta misma observación comparada, se ha llegado a la siguiente ley: cuanto más alto se halla en la serie animal un ser vivo, tanto más desamparado está en su nacimiento, tanto más dura el período de su infancia. El hombre constituye el extremo en ambos respectos. A la extrema insuficiencia del recién nacido, se añade un período de infancia y juventud extraordinariamente largo, durante todo este período todavía no está el hombre en la fase de su plena capacidad funcional; un animal joven alcanza ésta mucho

antes y el animal inferior parece superar al hombre a este respecto. Ante estos hechos surge la idea de que la infancia pueda tener función específica singular en relación justamente con la más elevada categoría de los animales superiores.

Mi venerado y nunca olvidado maestro *Claparède*, Profesor de Psicología Experimental en la Universidad de Ginebra, fallecido en 1940, al observar estos hechos se pregunta para qué sirve la infancia, poniendo además repetidamente en evidencia que fue en Rousseau en quien se encuentra por primera vez un ensayo de descripción de las etapas que recorre el niño desde el nacimiento hasta la pubertad, llamando a la adolescencia el "segundo nacimiento".

Sobre la significación de la infancia me voy a permitir transcribir algunos párrafos del Profesor *Claparède* que juzgo especialmente demostrativos. ¿Cuál es la idea genial de Rousseau? El haber comprendido que antes de edificar un sistema de educación es preciso preguntarse de antemano qué es el niño, qué representa la infancia, qué significación tiene la infancia. Resulta evidente que la manera de portarse con respecto al niño cambiará esencialmente según que se considere el período infantil como una fase de insuficiencia, como un estado defectuoso y en cierto modo anormal, sin importancia intrínseca, que es preciso corregir lo más rápidamente posible, o por el contrario, como un período útil en sí mismo, el cual conviene examinar atentamente sus pasos naturales para no perturbarlos.

Rousseau, en efecto, desde el Prefacio del *Emilio* se queja de que hasta los educadores más sabios "buscan siempre al hombre en el niño sin pensar en lo que es antes de ser hombre". Buscando al hombre en el niño se expone uno evidentemente a no encontrarlo y a terminar por decir que el niño es un sér incompleto, un sér imperfecto". Nos quejamos del estado de la infancia y no vemos que la raza habría perecido si el hombre no hubiera empezado por ser niño", declara en las primeras páginas del *Emilio*. Por tanto la infancia como tal, tiene un valor, una significación biológica, como diríamos nosotros en nuestro lenguaje moderno.

La doctrina evolucionista nos ha llevado a preguntarnos por qué un período tan precario como la infancia, ha sido no solamente conservado en el transcurso de las edades, sino hasta prolongado cada vez más, de tal suerte que como ya se ha dicho, los seres más elevados de la escala animal son los que tienen la infancia más larga. La única solución que podemos dar a este enigma, es admitir que puesto que la infancia ha sido preservada así, es porque se ha encontrado que es útil al individuo y a la especie.

La infancia tiene, pues, significación biológica, funcional, no solamente con respecto a la especie, cuyo progreso mental asegura,

sino también una significación en sí misma. A cada instante de su vida, un niño es un todo y su conducta significa algo relativamente a esta vida de niño, considerada no solamente en su porvenir, sino en su momento presente. Los deseos, las necesidades, los intereses de un niño, son tan indispensables a su pequeña existencia, como lo son los intereses de un hombre a su vida adulta.

Es preciso hacer justicia y reconocer que fue Rousseau el verdadero iniciador de la ciencia del niño y que con su *Emilio* publicado en 1762 fue el primero que puede decirse que *descubrió* al niño.

La infancia es pues propiamente el período primero de la evolución, el período típico del aprendizaje. Claparède lo llama el período de la plasticidad y Adler, el gran psiquiatra austriaco, concede enorme importancia a los primeros años de la vida, llegando incluso a decir que el niño ha formado ya su línea de conducta al final del tercer año de la vida.

Desde el mismo momento del nacimiento se producen hechos que pueden tener significación psicológica y en las historias clínicas conviene tener información sobre las condiciones en que tuvo lugar. Se ha llegado a decir con cierto humorismo que "a veces es menos peligroso ir a la guerra que haber nacido". Según opinión de algunos psiquiatras conviene tener en cuenta, además de los traumatismos físicos que a veces ocurren, el modo de nacer, que también puede influir sobre la conducta ulterior del individuo, afirmando que las personas que vienen al mundo de modo normal, tienen disposición plácida y temperamento más igual que los que están sujetos a los efectos de un parto largo y difícil.

Aunque la esencia de la evolución Psíquica no se presenta como una combinación de elementos independientes sino como génesis y perfeccionamiento de estructuras, para dar la mayor claridad posible a esta exposición del desarrollo total de la conducta del ser humano desde su nacimiento hasta los dos años de edad, podemos subdividir sus diversas etapas en cuatro subgrupos que abarcan en total todas las reacciones posibles del bebé. Estas reacciones pueden ser: motoras-sensoriales, intelectuales, emocionales y sociales.

Reacciones motoras-sensoriales. Los primeros movimientos del recién nacido son continuación de sus modos de conducta prenatal. Poco a poco esos movimientos específicos se asocian cada vez más directamente con las clases específicas también de los nuevos estímulos. El grado de actividad manifiesta claramente su relación con algunas condiciones corporales. Aumenta justo antes del tiempo del alimento y se calma cuando el hambre se ha satisfecho. La actividad es un fuerte índice de disconformidad. Cuando el recién nacido está bien adaptado a su medio, duerme, cuando tiene hambre o dolor aumenta su actividad.

Es interesante el hecho de que en la actividad del recién nacido, aunque al nacer todos los bebés tienen los mecanismos para la acción, no son iguales sus primeros esfuerzos para adaptarse a su nuevo mundo. Parece ser que se han observado diferencias individuales en la actividad muscular del recién nacido que pueden tener significativa relación con la personalidad. Por ejemplo se mantiene la creencia de que los niños muy activos, pueden ser después más sociales que los menos activos, creencia basada en investigaciones que intentan encontrar relación entre la actividad física y la personalidad.

Para *Karl Buhler*, cuatro movimientos expresivos diferentes pueden observarse en el niño en las primeras semanas de la vida: el grito, al principio; el llanto en la tercera semana, la sonrisa en la tercera semana que coincide con la expresión de bienestar de Preyer, y el fruncido de la boca al tocar los labios del niño hambriento. La mímica de lo ácido, de lo amargo, y de lo dulce pertenece también a los movimientos de expresión característicos del recién nacido.

El órgano táctil primitivo del niño no es la mano sino la boca. En este período de los intereses *perceptivos* de Claparède, el niño se siente atraído por todo aquello que interesa directamente sus sentidos, por los objetos y personas que le rodean. Personas y objetos se consideran en función de conducta sensorial que determinan; personas y objetos son algo *chupable*, *palpable* y *tocable*. El fruncido de la boca podemos considerarlo como la forma más primitiva de aprehensión.

El campo visual del recién nacido al principio es muy limitado. El niño empieza por ver sólo aquello que se halla exactamente frente a él, los objetos desviados horizontal o verticalmente, aunque la desviación sea pequeña no existen para él. Los objetos luminosos pueden ser percibidos a mayor distancia del centro.

Y en cuanto al oído, parece que las primeras reacciones diferenciadas a los estímulos sonoros lo son por la voz humana.

El empezar a andar es para el niño una nueva perspectiva del mundo que amplía su horizonte, y es una de las más importantes adquisiciones de este período. Muy pocos son los niños que pueden andar solos al final del primer año. Los límites oscilan entre los ocho meses, como muy pronto y el cuarto semestre como muy tarde para los primeros comienzos. El término medio de los niños, adquiere esta habilidad a los catorce meses y los marcadamente retrasados a los dos años o más. Esta variación de edad en el comienzo de la marcha depende del estado de nutrición del niño, de su peso, de la inteligencia, del grado de madurez, de la salud en general, de la libertad de movimientos permitidos, etc., y como son muchas las

causas posibles del retraso en la marcha, se debe ser prudente ante un caso particular hasta hacer el estudio de la situación total, pues aunque no se diferencia muy claramente, durante el primer año de la vida, la relación entre las habilidades motrices y mentales, el único factor que positivamente tiene relación entre ellas en esta edad de iniciación es el de aprender a andar.

No es posible negar toda forma de conciencia al recién nacido. Demuestran su existencia principalmente los movimientos expresivos, existentes desde el principio y el hecho de que la cara del recién nacido pueda tener ya "expresión". Preyer quien en 1882 escribió el libro clásico de la psicología infantil, observa expresamente, que la fisonomía contenta es diversa de la descontenta desde el primer día. Lo que ocurre es que el mundo fenoménico del recién nacido, es diferente. Koffka lo explica de manera muy sugestiva al decir que "lo mismo que el no músico oye una sinfonía realmente de *otro modo* que un músico, así el recién nacido *vive* el mundo de *distinto modo* que nosotros los adultos". Y para reconstruir este mundo fenoménico del recién nacido nuestra "reconstrucción" tiene que ajustarse a la conducta externa del niño, tal como se presenta a la observación de los procesos y del comportamiento del infante, procurando extraer las diferencias típicas que le separan de la conducta del adulto.

Reacciones intelectuales. Cómo y cuándo aparecen las primeras y verdaderas operaciones intelectuales es cosa que se viene estudiando sistemáticamente por los psicólogos de la infancia, mediante la observación minuciosa y la experimentación paciente de lo que hacen muchos niños en diferentes etapas de su desarrollo.

Tomemos como ejemplo de este tipo de trabajos los experimentos de Karl Buhler hechos sobre un niño a partir de los nueve meses, e inspirados en las observaciones de Kohler sobre simios. En el experimento de Buhler el niño está sentado en su cama y trata de coger cuanto encuentra en su proximidad para meterlo en la boca. La aprehensión es dificultada metódicamente. Se coloca un bizcocho algo fuera de su alcance, pero provisto de un cordón que llega a su mano. El niño no sabía utilizar aún el cordón al principio del noveno mes, extendiendo el brazo derechamente hacia el bizcocho, sin advertir el cordón; si le venía a la mano y lo sujetaba por casualidad lo soltaba otra vez o lo apartaba. Sólo en dos sesiones pareció cómo si la relación hubiese sido comprendida, pues varias soluciones claras siguieron prontamente una tras otra. Pero las próximas veces, todo había sido olvidado de nuevo. Sólo a fines del décimo mes, había el niño "*comprendido*" realmente; ahora se podía poner el cordón donde se quisiera: el niño lo cogía en seguida

y atraía hacia sí el bizcocho, estando seguro el experimentador de que no se trataba ya de soluciones casuales.

Kohler ha encontrado que la conducta de los niños pequeños y de los chimpancés coinciden también en varios aspectos. En la construcción por ejemplo, los niños encuentran al principio la misma dificultad que los chimpancés en aplicar una cosa a otra, y hacen los intentos más notables; pero la diferencia fundamental entre unos y otros es que a fines del tercer año, el niño comprende ya lo más sencillo de esta operación, mientras que los monos apenas hacen progresos, a pesar del continuo ejercicio.

Los psicólogos han pasado muchos años tratando de descubrir el modo normal y el grado de crecimiento de la mente infantil, tan variado y complejo. El crecimiento mental se presenta de tantas maneras diferentes y se halla tan íntimamente afectado por diversas influencias, que no es tarea fácil encontrar medios realmente seguros de medicina y descubrir sus leyes generales. Se ha progresado mucho, sin embargo, y ahora es relativamente fácil para un psicólogo avezado, medir el desarrollo mental de un niño en cualquier edad y decir si es normal o en qué proporción no lo es y en qué difiere de la normalidad.

El trabajo más importante que se puede citar sobre normas del desarrollo para bebés y niños pequeños, lo está realizando *Gesell* en la clínica psicológica de Yale desde 1925. Sus publicaciones son fundamentales para todo estudioso que se interese por cuestiones referentes a la primera infancia y al estudio experimental de los procesos mentales. *Gesell* en su laboratorio y escuela de crianza, ha hecho un estudio completísimo del desarrollo infantil desde el nacimiento en adelante, empleando toda clase de recursos científicos para observar, registrar y fotografiar la conducta de los bebés y niños pequeños, cuando juegan espontáneamente y cuando reaccionan a las pruebas impuestas, mediante la observación indirecta en la denominada *cámara de observación* que permite realizar todo el trabajo sin que los niños se den cuenta de estar siendo observados, lo que constituye para *Gesell* requisito indispensable.

En un trabajo de *Gesell* publicado en colaboración con *Katherine Amatruda* en 1941, da el autor su concepción final sobre el desenvolvimiento mental en la infancia, que radica según él en el desarrollo del niño en cuatro grandes campos de conducta. La conducta *motora* que según los autores constituye punto natural de partida para la evaluación del nivel de madurez; la conducta de *adaptación* destinada a ajustar a los objetos y situaciones las coordinaciones sensitivo-motrices más finas y que según el Dr. *Emilio Mira* corresponde a la llamada inteligencia práctica, técnica, mecánica o especial de los autores europeos. La *conducta del lenguaje o verbal* que incluye "todas las formas visibles y audibles de comuni-

cación, bien sea de expresión facial o gestos, movimientos posturales, vocalización, palabras, frases, mímica, por lo que Mira encuentra más acertado y propone dar a esta conducta el nombre de *expresiva*, y finalmente la *conducta personal social* que comprende las "reacciones personales del niño ante la cultura social en que vive".

En cuanto a la descripción de estas diversas conductas de los niños normales en estos cuatro cortes transversales, difícilmente puede encontrarse en la actualidad un psicólogo de más conocimientos, de mayor acopio de datos y de mayor experiencia que Gesell.

Sus observaciones están condensadas como instrumento de trabajo en su *escala de maduración (madurez)* sobre la apreciación del desarrollo del niño en estos cuatro grandes aspectos y el resultado final de apreciación se expresa en el *cociente de desarrollo* que se diferencia del cociente intelectual en que este sólo toma en cuenta la edad mental, y no la variedad de aspectos que entran en la constitución del cociente de desarrollo.

Por otra parte el niño adquiere la mayoría de sus operaciones, no en el aislamiento artificial de los experimentos, sino en conexión con un medio de personas que dominan estas mismas operaciones, esto es, por medio de la *imitación*, que es de extraordinaria importancia. La imitación puede consistir según Koffka, en que funciones estructurales que ya el individuo posee, se actualicen, entren en actividad, porque otro individuo ejecuta una acción de la misma naturaleza o porque en una estructura *nueva* surja en un individuo al percibir que otro obra conforma a semejante estructura. El hecho es que una estructura recién surgida establece condiciones favorables para la génesis de la misma estructura o de otra semejante.

La conducta del niño pequeño se ajusta completamente a esta ley. Stern pone la autoimitación al comienzo de toda imitación; el niño repite la misma reacción con monotonía sin fin, trátase de una nueva manipulación o de manifestaciones sonoras. La actitud para repetir un sonido ha sido observada en niños de edad muy temprana, incluso en niños que no habían cumplido el año. Preyer refiere el caso de una niña que a los nueve meses sabía repetir justamente sonidos tocados al piano y que supo cantar antes que hablar. Stumpf cuenta de la hija del conocido compositor Dvorak que al año y medio cantaba bien con acompañamiento de piano las melodías de algunas canciones.

Nosotros mismos estamos siendo testigos y observamos día tras día con creciente interés el caso de una niña de tres años de edad cronológica con fuerte retraso mental, que no habla absolutamente nada, excepto la palabra mamá, quien en el espacio de año y medio

de tratamiento va pasando por sucesivas etapas desde el desinterés absoluto por todo lo que le rodeaba, excepto el sonido de una campanita que sirvió de estímulo inicial y siguió con la imitación de ritmos con pequeños bloques de madera, demostración de extraordinario agrado al oír música hasta llegar en la actualidad no sólo a entonar perfectamente melodías populares sino a lo que resulta verdaderamente asombroso, a tocar ella misma en el piano y no con un solo dedo el principio de doce de estas mismas melodías.

Cuando llega la época de aprender a hablar comienza el período de la *ecolalia* en el cual el niño con perseverancia infatigable, repite por entero en sus partes finales cuantas palabras y frases oye. Las primeras imitaciones se refieren a los movimientos expresivos. Ya al año y medio se puede hacer a un niño sonreír, sonriéndole, y llorar, llorando delante de él.

El lenguaje es una parte integral de la conducta total del niño. Es una expresión de las necesidades biológicas y de los estados psicológicos. Durante los dos primeros años de la vida, los progresos no son continuos ni uniformes. Al final de los doce meses un niño puede decir dos o tres palabras, como *papá*, *mamá*, etc., pero puede entender mucho más, y un hecho que debe tenerse en cuenta es que la *comprensión* del lenguaje precede a su uso, hecho francamente comprobado en el caso de la niña de nuestra observación personal.

Normalmente el segundo y tercer año son los más importantes para el desarrollo del lenguaje, principalmente porque el niño empieza a darse cuenta de que mediante él puede valerse mejor; pero en la rapidez de su adquisición varían mucho los resultados a causa de diferencias de desarrollo mental, del medio ambiente del niño, etc. La nueva revisión de Stamford del Binet incluye las siguientes pruebas del lenguaje para los dos años: identificar objetos por el nombre, identificar partes del cuerpo, nombrar objetos comunes de un grabado, usar combinaciones espontáneas de palabras, ejecutar órdenes.

Reacciones emocionales. Aunque en el recién nacido las respuestas emotivas se presentan en forma poco diferenciada, se puede observar a veces desde el segundo mes de la vida que el niño no permanece indiferente a ciertas impresiones que ha tenido muy a menudo, en especial el rostro y la voz de la madre, sino que es inducido por ellas a una ligera sonrisa. Este reconocimiento progresa hasta una *diferenciación* al finalizar el primer semestre de la vida en el que el niño se comporta con las personas conocidas muy de otro modo que con las extrañas. Pero lo que resulta de mayor interés es que el niño no sólo conoce el rostro de su madre desde el segundo mes sino que reacciona de modo distinto, si este expresa

agrado o desagrado, desde la mitad del primer año. Por tanto es lícito deducir, que fenómenos tales como "*afabilidad*" y "*enfado*" son primitivos, y pueden influir sobre la conducta desde los primeros meses de la vida. Y esto significa suponer que ciertas manifestaciones de "amenaza" o de "indulgencia" constituyen contenidos del mundo de la percepción elementales y primitivos, que no pasan inadvertidos para el sér humano en los primeros meses de la vida.

Las diferencias en las reacciones emocionales constituyen importante base para las variaciones individuales de la personalidad. En el bebé se encuentran ya algunos rasgos lo suficientemente constantes para presumir que existe un núcleo de personalidad en el nacimiento y que este núcleo persiste y crece y determina hasta cierto grado la importancia de algunos de estos rasgos. Es indudable que pueden sufrir algunos cambios debidos a los factores ambientales pero siempre "*el cambio está limitado* por las limitaciones del *núcleo original de la personalidad* que ya se puede identificar en este primer período con la infancia. Hasta el punto de que pronto aparecen tipos característicos de reacción que persisten en la conducta de los niños; y estos tipos emotivos establecidos durante los dos primeros años constituyen un factor extraordinariamente importante en el futuro desarrollo de la conducta individual.

Muchos experimentadores creen con firmeza que antes de terminar el primer año está ya formada una personalidad positiva e incluso se pretende haber encontrado entre los niños de un año aparentemente tipos de personalidad tales como el niño *dominante*, *el amable*, o *agradable* y el *exhibicionista* y al final del primer año y en muchos niños durante el segundo, desarrollan dos tipos de conductas opuestas, manifestando un grupo de rasgos en una temporada y otros en otra.

El niño grita al nacer y sus gritos varían de expresión según que tenga *hambre*, que no pueda *moverse* libremente, que repentinamente cambie de posición o que oiga fuertes ruidos. Estos son, según algunos autores, las solas circunstancias en que el niño grita en los primeros días de la infancia, es decir que grita con *pena* por hambre, con *rabia* por restricción de movimientos, con *miedo* cuando le falta soporte o cuando oye grandes ruidos. Es claro que estos gritos pueden evitarse mucho, según que la actuación de las personas que rodean al niño, sea eficaz, ordenada y serena, o por el contrario, inoportuna, carente de puntualidad y excesivamente nerviosa, pudiendo en este último caso, provocar en el niño la *ansiedad* como el *primer* síntoma de enfermedad.

El recién nacido es un pequeño sér con capacidades orgánicas, necesidades y sentimientos y por tanto es muy importante que se establezcan en él pronto, hábitos de comida y eliminación, con el

cálido afecto materno asociado a sensaciones agradables. En esto conviene insistir mucho porque si al niño se le hace sufrir privación prolongada en sus imperativas necesidades, o se le prestan los cuidados de manera fría y automática pueden producirse en él sentimientos de cólera o miedo que son de efecto pernicioso sobre el desarrollo de la personalidad.

Muy recientemente se ha hecho un estudio experimental sobre la vida de quince niños adolescentes que han vivido internados desde su nacimiento. Este trabajo, ha puesto una vez más en evidencia la imperiosa necesidad de cariño y ambiente cálido que precisa el niño desde los primeros días de su vida. Estas historias de vidas infantiles confirman la conclusión previa, de que la privación de atmósfera acogedora desde un principio produce un defecto básico en la personalidad total, manifestada, especialmente en una actitud de pasividad y de apatía emocional.

Otro ejemplo de traumatismo psíquico observado también recientemente, es el producido a consecuencia de intervenciones quirúrgicas en niños muy pequeños. El Dr. Levy ha hecho un trabajo referente a problemas de conducta como secuela emocional a consecuencia de operaciones, y ha encontrado que el mayor porcentaje de estos secuelas, ocurre en niños menores de tres años. En los niños de uno y dos años eran características las reacciones de terrores nocturnos prolongados y en los de cuatro años en adelante reacciones de negativismo. El Dr. Levy sugiere como prevención de estos terrores post-operatorios, posponer la operación, siempre que sea posible, por lo menos hasta los tres años, explicando al niño hasta donde pueda ser, lo que se le va a hacer, y preparar las cosas de modo que el niño vea a la madre antes y después de la operación.

No considero fuera de lugar insistir ante un auditorio formado principalmente por quienes serán médicos en un futuro muy próximo, en un hecho que considero de valor humano transcendental, y que he encontrado maravillosamente expuesto y recogido en una revista mexicana de puericultura.

Según el doctor Federico Gómez desde hace muchos años, los médicos encargados de establecimientos para albergar niños por largo tiempo, hacían notar que además de las enfermedades a que estaban sujetos, por lo general estos niños enfermaban de "*tristeza*", por falta de cariño y de hogar.... y así se vino aceptando tradicionalmente que los niños de las Casas-cunas y Orfelinatos eran "enfermos del espíritu". Y lo que todavía contrista más el ánimo, el Dr. Gómez manifiesta, que en los Archivos de 1774 de nuestra Casa-cuna se lee "que a muchos niños a quienes se quita el pecho, su natural tristeza se exagera y se ha observado que algunos mueren sin descubrirles otra causa que la melancolía!

Meyer en 1913 llamó *Hospitalismo* a este estado especial de tristeza, indiferencia, apatía que se observa en los pequeños hospitalizados.

Otro médico ilustre decía que "en los hospitales de niños, estos mueren de la enfermedad que cogen al entrar y no de la enfermedad que llevan".

Y el citado Dr. Federico Gómez en su trabajo presentado a un Congreso Médico Latino-americano, celebrado en Texas en 1943, escribe que "rara vez se oye llorar en las salas de lactantes, nunca se observa la menor manifestación de desagrado; nunca se ve en sus rostros alegría o dolor; dan la impresión de fardos vivientes que vegetan con incansable monotonía". Y ante situaciones de tan intenso dramatismo pide al Congreso se tomen en consideración las siguientes conclusiones:

1º El hospitalismo es un factor que eleva considerablemente la morbilidad y la mortalidad infantil.

2º El hospitalismo es un factor decisivo en el retardo físico y mental de los niños asilados.

3º Las reacciones fisiológicas y patológicas de los niños hospitalizados por largo tiempo son totalmente distintas de las de los niños que viven en un hogar.

4º Debe combatirse el hospitalismo en las instituciones cerradas con la energía con que se debe combatir cualquier enfermedad contagiosa grave.

Yo me atrevo a suplicar a los comprensivos estudiantes de Medicina, que con tanta benevolencia y deferencia me escuchan que aunque bien comprendo que es muy poco lo que van a aprender en estas desvaídas charlas mías, procuren por lo menos como consecuencia de ellas adquirir con ustedes mismos el compromiso moral de que en ninguna institución en que sea de ustedes la responsabilidad de su funcionamiento, ocurran casos de hospitalismo, tan silenciosamente trágicos, tan desconsoladoramente faltos de humanidad.

Reacciones sociales. Las relaciones sociales del niño probablemente constituyen el factor más importante en el desarrollo de su personalidad. Durante los dos primeros años, hace considerables progresos y extiende sus contactos a las personas y a las cosas. Al nacer el niño no identifica ni los miembros de su propio cuerpo y es posible que empiece a conocer a los otros sin conocerse a sí mismo todavía. Pero antes de que pueda identificar a las personas aprende a llevar a caso su incipiente vida social, respondiendo de diversos modos a las personas, que le rodean, con el fin de satisfacer sus necesidades biológicas. Pronto aprende a gritar cuando necesita que le cojan y aprende a no gritar, si gritando no consigue lo que desea.

En general lo que necesita el niño durante su primer año, además del alimento y el sueño, del aire y del sol, es libertad para jugar, cosas con qué jugar y hacia el final del primer año, un poco de compañía en el juego. La mayoría de las criaturas que tienen un año, buscan la compañía de una persona mayor para sus juegos y durante su segundo año, el niño establece todavía más fácilmente relaciones con adultos que con otros niños. En cuanto a las reacciones sociales del lactante con niños de su edad, *Charlotte Buhler* las ha estudiado con gran precisión determinando tres modalidades a las que designa con los calificativos de *dominante*, *sumisa* y *rival*. Según *Charlotte Buhler* los niños empiezan por mirarse y después a agarrarse como hacen con cualquier otro objeto. Según sea la violencia y brusquedad del prendido, el prensor reacciona con una actitud de inhibición o de agresividad y excitación crecientes. Casi siempre el niño más evolucionado sale triunfante en la pequeña batalla que libra con brazos y piernas frente a su congénere y entonces éste queda a su merced o se sumerge en pasivo llanto. La adopción de la actitud despótica, aumenta con la edad, en tanto disminuye la frecuencia de las reacciones de sumisión y se mantiene más o menos inalterable la cifra de las actitudes de rivalidad.

Por otra parte, observaciones de *Mary Shirley*, sobre cincuenta niños menores de dos años, le han llevado a la conclusión, de que en general los niños se prestan poca atención entre sí; algunos son agresivos, otros gritan cuando se les pone juntos y muy pocos sonríen. En general encuentra que están más contentos solos. En la Casa-cuna donde ella realizó sus investigaciones observó que en general los bebés prefieren jugar con juguetes casi exclusivamente mejor que con otros niños.

La niña de nuestra observación personal de quien antes hemos hablado, va pasando por etapas sucesivas en su conducta social. Al principio ignoraba totalmente a los niños que siempre cariñosamente se acercaban a ella, después huía sistemáticamente y en la actualidad los escoge, siempre a los mismos, para determinadas actividades, pero siempre hasta ahora ha demostrado mayor atracción por los adultos.

Como en todo, se observan grandes diferencias individuales en la conducta social de los niños, incluso tan pequeños como los que venimos estudiando, y aunque no se puede predecir cuál será su conducta social ulterior, puesto que es lo que más depende de otros muchos factores externos, algo se manifiesta ya y conviene dirigirla prudentemente durante los dos primeros años de la vida.

Actualmente se nota la tendencia cada vez más acentuada a enviar a los niños tal vez excesivamente pronto, menos de los dos y tres años, a casas-cuna y guarderías, que ofrecen a los pequeños

ambiente social muy distinto al del hogar. Claro que ésto responde principalmente a las necesidades que impone el vértigo de la vida moderna, puesto que la madre de escasos recursos económicos necesita, con su aporte personal, aumentar el presupuesto familiar, y a la madre de posición desahogada, su propia vida social, tan fuera de la familia, según la moda del momento presente, también le prestan grandes servicios estas instituciones tan generalizadas.

Pero pensando principalmente en el niño, y en el porvenir del hombre, parece más conveniente esperar un poco más, para que esté el niño más preparado para responder adecuadamente al nuevo estímulo social, permaneciendo más tiempo en el ambiente cálido de su madre y de su hogar, siempre que sea posible.

Aunque parece que es muy breve el período de la vida que hemos considerado, queda todavía mucho por decir sobre diferentes aspectos y problemas que plantea el desarrollo del niño desde el nacimiento hasta los dos años, y aunque incompleta nuestra exposición, no es sólo por prurito científico por lo que hemos juzgado conveniente dedicar una sesión entera a esta primera época de la vida del sér humano, sino por considerarla básica, teniendo en cuenta que un gran porcentaje de las dificultades médicas y sociales del adulto, están basadas en las diferentes experiencias que el niño sufre en su infancia, y ésto tiene más importancia que nunca por la tendencia de la vida moderna a abandonar estos cuidados de tan transcendental importancia para el porvenir de cada hombre y del hombre en general, a organizaciones extrañas a la familia.

Pero hay que terminar, sin abusar excesivamente de las personas que tan benévolamente nos prestan su atención. En días sucesivos seguiremos caminando por esta senda de la vida, teniendo siempre como idea conductora la de que "el sér, que no es feliz de niño, de hombre no será un ciudadano libre".